SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA|12
DOMINGO 25 DE ENERO DE 2009

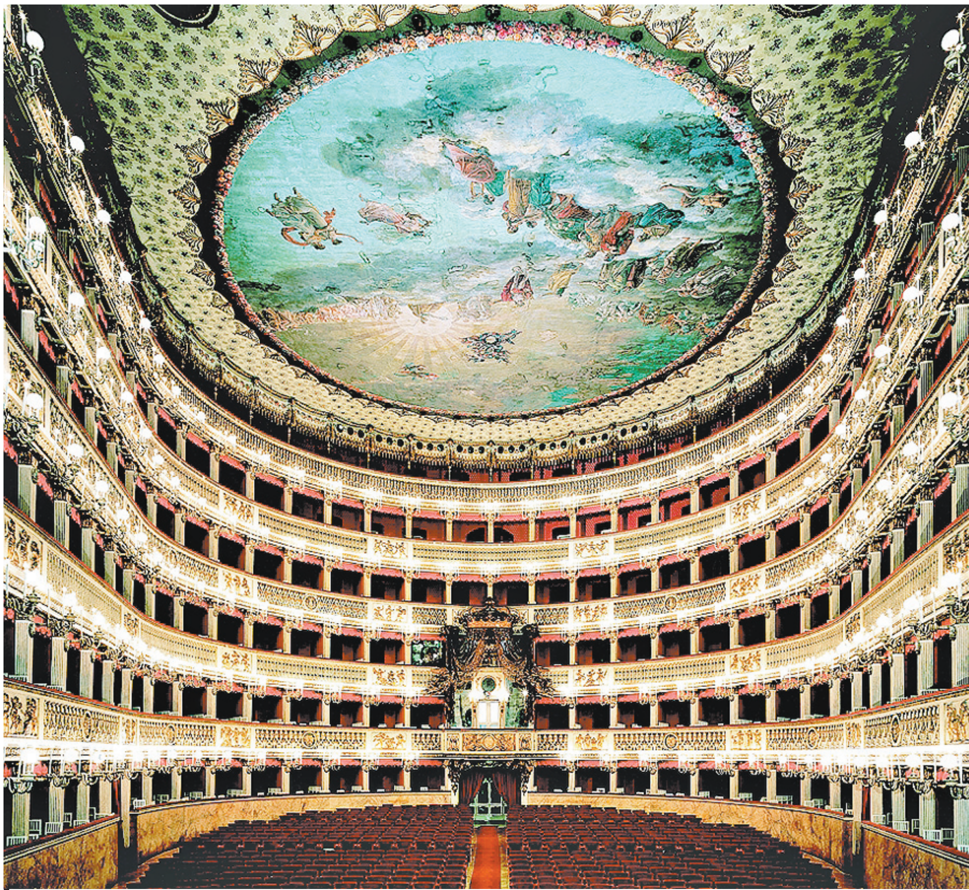
Turismo 12



QUEBRADA DEL CONDOR



Crónica de una cabalgata por los cerros riojanos hasta las alturas que domina el majestuoso vuelo del cóndor.



El imponente teatro San Carlo, uno de los grandes escenarios líricos del mundo.



La “ciudad partenopea”, donde se dice que estaba la tumba de la sirena Parténope. Al fondo, el Vesubio.

POR GRACIELA CUTULI
FOTOS: ENIT. AGENZIA NAZIONALE ITALIANA PER IL TURISMO

ITALIA *La legendaria ciudad sobre el Tirreno*

O!, dolce Napoli

El Mediterráneo, el sol y un volcán. Música lírica y canzonette. Armonía y caos. Nápoles, la “ciudad partenopea” y la capital de la pizza es un mundo en ebullición asomado a una de las más bellas bahías de Europa.

Un día de 1896, en la fría Odessa, el músico napolitano Eduardo Di Capua se levantó temprano después de una noche de concierto para asistir a la salida del sol sobre el Mar Negro. Eran los años en que los músicos más populares de Nápoles eran invitados a tocar en las principales cortes de Europa, en este caso la del joven zar Nicolás II. Di Capua, que sólo estaba de paso, llevaba en el bolsillo unos versos escritos por el letrista Giovanni Capurro; y quiso el capricho de la inspiración, sumado a la nostalgia, que fuera un alba en el Mar Negro quien diera origen a la más célebre canción napolitana, aquella cuyos acordes remiten de inmediato, en cualquier lugar del mundo, al diáfano brillo del sol de Nápoles: “*Che bella cosa na jurnata ‘e sole, / n’aria serena doppo na tempesta! / Pe’ ll’aria fresca pare gia na festa... / Che bella cosa na jurnata ‘e sole*” (“Qué bello es un día de sol / el aire sereno después de la tormenta / por el aire fresco parece ya una fiesta / qué bello es un día de sol). Algunos años después, Marcel Proust, al escuchar la canción en boca de un gondolero, durante un viaje a Venecia, recordaría que “cada nota que la voz del cantante lanzaba, con una fuerza casi muscular, me golpeaba directo en el corazón. Proclamaba mi soledad y mi desesperación”... Es que cada nota de “O sole mio”, cantada tanto por anónimos gondoleros como por Caruso, Pavarotti, Elvis Presley o Frank Sinatra, parece transmitir inmaterialmente la belleza conmovedora del golfo napolitano, dominado por la silueta del Vesubio, y querida por la leyenda como tumba de la sirena Parténope.

LA CIUDAD GENTIL Con Nápoles no hay medias tintas: se la ama o se la odia, pero, ¿cómo serle indiferente? “No nos une el amor sino el espanto”, dijo Borges de Buenos Aires, y muchos napolitanos podrían decir lo mismo de esta ciudad a la vez artística y caótica, luminosa y oscura, noble y popular. Ciudad de fútbol, donde aún se idolatra a Maradona, y de música, exportada a todo el mundo en las melodías de “O sole mio”, “Torna Surriento”, “Santa Lucia” o “Funiculí, Funiculá”, por recordar sólo algunas de aquellas canciones cuya melodía siempre se conoce, aunque no se pueda descubrir la letra, ni la procedencia. Ciudad de acento difícil, si los hay, y de ribetes novelescos y legendarios: no en vano se dice que la “ciudad nueva”, Neapolis, fue fundada sobre la “ciudad vieja”, Paleopolis, pero conservó durante siglos las usanzas griegas, reinventándose a sí misma durante los años del Imperio Romano, la dominación bizantina y la dinastía aragonesa. Para el Quattrocento, cuando Italia irradiaba cultura hacia toda Europa, Nápoles se había transformado en una capital “gentil”. No volvería a serlo plenamente hasta pasado el 1700, cuando Carlos de Borbón comenzó el reinado de su dinastía, hasta el fin en 1860 con el ingreso de Giuseppe Garibaldi.

Esta historia escasamente lineal dibuja un mapa en el que no siempre es fácil orientarse: en Nápoles, entonces, no está mal dejarse llevar un poco, estudiar las guías como buen turista, pero también cerrarlas para que sean simplemente las calles, con su tránsito desordenado y sus transeúntes locuaces, quienes vayan marcando el rumbo. Jalonado, aquí y allá, por aquellos lugares imperdibles que hacen a la historia y al alma de la ciudad.

BAHIA DE MARAVILLAS El golfo de Nápoles cierra sus brazos sobre el Tirreno como si quisiera abrazar lo más azul del mar. Allá a lo lejos, las islas de Ischia, Capri y Procida completan el panorama y generan en el puerto de la ciudad –donde antiguamente amarraban los transatlánticos– un intenso tráfico turístico. No menos intenso es el tráfico de Castel Nuovo, que es a la vez el corazón de la capital antigua y el centro administrativo de la Nápoles moderna. Aquí levanta su silueta regia el Palazzo Reale, con su espectacular fachada de 169 metros de largo sobre la Piazza Plebiscito: en una de sus alas funciona la Biblioteca Nazionale Vittorio Emmanuelle II, la más importante del sur de Italia, guardiana de unos dos millones de volúmenes, entre ellos papiros de la destruida Ercolano y valiosos incunables. Muy cerca, el Teatro San Carlo –uno de los escenarios líricos más antiguos del mundo– es uno de los principales de Europa, dominado por un espléndido palco real donde campea el emblema del Reino de las Dos Sicilias. Nombres de privilegio como Ros-

DATOS UTILES

- Se puede llegar a Nápoles rápidamente desde Roma, gracias a las numerosas vías de conexión (existen incluso visitas en el día desde Roma a Pompeya).
- Por tren, la principal estación es la Stazione Centrale de Piazza Garibaldi, que permite llegar al resto de la ciudad a través del metro (de todos modos, es mejor evitar la zona al anochecer).
- Si se quiere visitar directamente Capri u otra isla, conviene llegar a la estación de Napoli Mergellina, muy cerca de los embarcaderos.
- Nápoles también está conectada con Roma y las principales ciudades de Italia por autobuses, a veces la mejor alternativa por precio y rapidez para llegar a las localidades más pequeñas. CTP y SITA son dos de las principales empresas.
- Si se llega en avión al aeropuerto de Napoli Capodichino, muy céntrico, se pueden tomar luego buses que salen de la entrada de la aeroestación hasta los principales puntos de interés.
- Para visitar la Grotta Azzurra, todos los días salen cada hora embarcaciones a motor desde la Marina Grande de Capri. Luego se pasa a botes más pequeños para ingresar en la gruta.



La isla de Capri, uno de los destinos más preciados de Europa, célebre por la Gruta Azul.

sini y Donizetti, que estrenó aquí *Lucia di Lammermoor*, fueron sus directores artísticos. Desde el teatro se divisa la cúpula de la elegante Galleria Umberto I, construida a fines del siglo XIX con una imponente cúpula vidriada, que se convirtió rápidamente en el punto de reunión favorito de los músicos napolitanos. Se entra o sale de la Galleria por la Via Toledo, tan animada hoy como siglos atrás, cuando sorprendía a los viajeros recién desembarcados en Nápoles: ¿qué mejor lugar que sus confiterías para probar la célebre *sfogliatella* con sello DOC?

En el centro de Nápoles no hay que perderse el célebre Café Gambrinus, por donde pasaron Guy de Maupassant y Oscar Wilde, entre los extranjeros ilustres; alguna vez punto de reunión de los opositores al fascismo, hoy recuperó el esplendor de la *belle époque* que caracteriza a los más atractivos cafés de Italia. Luego, a pasos del Palazzo Reale surge la silueta inconfundible de Castel Nuovo, iniciado por Carlos I en 1279, pero modificado completamente por Alfonso de Aragón a partir de su ingreso a Nápoles en 1443. En la fachada se destaca el blanco mármol del Arco del Triunfo, y en el interior la Capilla Palatina y la Sala de los Barones, aunque sin duda lo más espléndido es lo que pone sin saberlo la propia naturaleza: una espléndida vista sobre el Golfo de Nápoles y el legendario Vesubio.

LA VERA PIZZA Entre las muchas tentaciones de Nápoles, sus dulzuras –como la *sfogliatella*– no son las menores: desde siempre, la ciudad cultiva con maestría el arte de la buena mesa. Y no sólo para lo dulce: no hay que olvidar que Nápoles es la cuna de la *vera pizza napoletana*, aquella que tiene requisitos estrictos de elaboración y que se convirtió en la exitosa embajadora de la ciudad, y por extensión de Italia toda, en cualquier lugar del mundo. ¿Cómo es esta "auténtica pizza"? Sí o sí, amasada solamente a mano, de no más de 35 centímetros de diámetro, y no más de cuatro milímetros de ancho (y hasta dos centímetros en los bordes). Por supuesto, debe estar cocida en horno a leña, y preparada con tomates de San Marzano, que crecen a los pies del Vesubio, con aceite de oliva napolitano y blanca mozzarella de búfala. Los más puristas aseguran, además, que el aceite sólo debe verterse en el sentido en que giran las agujas del reloj... Por otra parte, hay que olvidarse de innovaciones poco adecuadas; sólo hay dos versiones verdaderas y certificadas por la asociación Verace Pizza Napoletana: la Margherita –donde la mozzarella, la albahaca y el tomate forman los colores de la bandera de Italia– y la marinara (que se elabora con tomate, orégano, ajo, aceite de oliva y albahaca).

CAPRI LA BELLA Más que unas horas o unos días, podría llevar una vida conocer y apreciar toda la complejidad de Nápoles. Pero el panorama jamás estaría completo si no se sale del populoso y bullicioso casco urbano para descubrir la belleza de sus islas: de ellas, la más emblemática es Capri, antiguamente favorita de Tiberio y Augusto, y hoy meca de miles de turistas que buscan descubrir con sus propios ojos el encanto increíble de esta roca enclavada en un mar de ensueño. En Capri se desembarca en la Marina Grande, conectada con las embarcaciones que van a Nápoles y otros lugares del golfo, y luego se llega rápidamente al centro de la ciudad a través de un funicular. Ni siquiera la cantidad de gente y el vaivén continuo de la famosa Piazzetta céntrica pueden quitarle encanto: las casitas medievales, las calles escondidas, la cúpula de Santo Stefano, y el aire fresco del mar que alivia las jornadas intensamente calurosas del verano, dibujan un panorama en el que no se sabe dónde termina el sueño y dónde empieza la realidad. En Capri quedan las ruinas de Villa Jovis, donde gustaba retirarse Tiberio, y la Villa del escritor Curzio Malaparte; la Certosa di San Giacomo y la bellísima Anacapri, otra ciudad situada sobre el Monte Solaro. Sin embargo, su imagen más bella y emblemática es la de los farallones que asoman sobre el azul y turquesa de las aguas del Tirreno, y desde luego la Grotta Azzurra. Se cuenta que la gruta fue "descubierta" por dos viajeros alemanes que viajaron a Capri en 1826, el escritor August Kopisch y el pintor Ernst Fries. Pero este descubrimiento no es exactamente tal: los pobladores ya la conocían –la llamaban Grotta di Gradola– y sobre todo le temían por las leyendas que la imaginaban poblada de seres fantásticos. Y fantástico es, sin duda, este agujero en la montaña que sólo recibe luz a través de una estrecha abertura a pocas decenas de centímetros sobre el nivel del mar: la misma por la cual tienen que entrar los turistas, en barquitas a remo que desafían el vaivén de las aguas para introducirse en un mundo mágico de luz y color. La belleza de la Grotta Azzurra no está en la cavidad en sí, ni en las extrañas formaciones que pudieran pender de sus paredes: está en el fascinante color del agua, que gracias a un curioso fenómeno de refracción brilla con un azul eléctrico indescriptible, imposible de reproducir en las fotos y postales que promocionan la famosa gruta. Claro que entrar no siempre es fácil: tienen que estar dadas todas las condiciones del clima, y a veces hay que esperar días para que esté todo a punto. Sin embargo, la espera lo vale. Ingresar en la Grotta Azzurra es como ingresar en un templo, cuidado celosamente por el Mediterráneo como un secreto tesoro entre la increíble belleza de los farallones y la costa. Un motivo más para creer en aquel célebre refrán según el cual "ver Nápoles... y después morir". ✺

Noticiero

Carnaval Artesanal en Lincoln

Se inició ayer sábado, con la presencia de León Gieco, el histórico Carnaval Artesanal que se realiza todos los años en la ciudad bonaerense de Lincoln. Hoy domingo, actuará el maestro Mariano Mores; el sábado 31, el Chaqueño Palavecino. En febrero, cambian los ritmos musicales: el sábado 7 y el domingo 8, estarán los grupos Virus y Babasónicos, y el sábado 14, el Paz Martínez. La fiesta cierra el domingo 15 con la participación de los linqueños Banda Zoom, Arco Iris, Latidos y Germán y los cuarteteros. El Carnaval de Lincoln tiene una larga historia: en sus comienzos, allá por el lejano 1900, el desfile era acompañado por carros adornados. Pero fue en 1928 cuando el profesor Enrique Urcola, con la técnica llamada "cartapesta", que se utilizaba en el Taller de Escenografía del Teatro Colón, armó una carroza con movimiento llamada "Peliculeros", dando origen así a lo que es hoy el principal atractivo de este original carnaval: las figuras mecánicas.

Foro Mundial de Turismo

El noveno Foro Mundial de Turismo, promovido por el World Travel & Turism Council (WTTC), se realizará en mayo del año próximo en la ciudad brasileña de Florianópolis. La realización fue anunciada por el gobernador del estado de Santa Catarina, Luiz Enrique da Silveira, y por la presidenta de Embratur, Jeanine Pires. El foro, que se realizará por primera vez en América latina, tendrá lugar del 14 al 18 de mayo de 2009 en la ciudad de Florianópolis. Según Pires, serán invertidos cerca de siete millones de dólares en el evento, en una alianza presupuestaria entre el gobierno federal, el gobierno del estado y el sector privado. Se prevé reunir durante el encuentro a más de 800 personas.



El cóndor puede medir más de tres metros desde un ala a la otra y casi un metro y medio de la cabeza a la cola.



Un cóndor planea hacia el Mirador, un enorme peñasco a 1800 metros sobre el nivel del mar.



El sereno y majestuoso vuelo de dos cóndores en la trasparencia de los cielos riojanos.



La cabalgata por la sierra de Quinteros hacia la Quebrada de los Cóndores.

LA RIOJA *En la Sierra de Quinteros*

La morada del cóndor

Los llanos riojanos esconden uno de los mejores sitios del país para avistar cóndores. Un paraíso de clima agradable, perfumado por exquisitas plantas aromáticas, con cactus en flor y nogales centenarios. Una tierra que fue habitada por diaguitas y transitada por viejos caudillos. Pero sobre todo un lugar para el mágico encuentro cara a cara con el cóndor. Crónica de una cabalgata para admirar su perfecto vuelo en las alturas.

TEXTO Y FOTOS: GUIDO PIOTRKOWSKI

"Cuando era niño me quedaba pegado mirando los cóndores. Llegué hasta arriba buscando a las cabras, que suelen irse hacia allí donde tienen los arbustos y las plantas aromáticas. Ahí están en su salsa." La voz baja, pausada y de marcado acento riojano de José de la Vega relata cómo fue que este hombre nacido y criado en los llanos riojanos "descubrió" la Quebrada de los Cóndores, un sitio en las sierras de Quinteros, declarado reserva natural.

Mientras almorzamos un típico plato llamado kipe, por cierto muy sabroso, de origen árabe y muy común por estas tierras, José, o simplemente "Joyo", como lo conocen por estos pagos, se apasiona con la historia del lugar, que en definitiva es su propia historia. La Posta de los Cóndores es la casa de sus familiares desde tiempos remotos. Con modesto orgullo, Joyo dice: "Acá se afincaron mis tatarabuelos, Benigno y Catalina de la Vega. Todo tiene una historia, esa vieja radio, los muebles, todo. Y se dice que en esa misma habitación donde ustedes duermen, ha dormido el Chacho, que andaba controlando el ganado y cortaba camino por sobre la sierra".

Las confortables habitaciones con muros de piedra de la posta fueron construidas originalmente por los primitivos habitantes del lugar, los Olongastas. La familia De la Vega se ocupó de preservarlas, y así quienes visitan este recóndito rincón riojano pueden disfrutar de las frescas noches serranas durmiendo en cuartos centenarios.

"Los llanos de La Rioja siempre los relacionaron con la seca, el desierto y la emergencia hídrica. Pero la mayoría de la gente no sabe que existen estos lugares, que son un paraíso. Llegar acá a la posta es una aventura porque estamos en el corazón de la sierra. Y como si esto fuera poco, estás en un santuario natural, acá sos realmente el protagonista, no lo mirás de afuera. Mientras estás ahí arriba es muy difícil que te encuentres con más gente, es todo tuyo. Y cada vez cuesta más encontrar lugares así, tan vírgenes", dice Joyo con acertada pasión.

LARGO CAMINO A LA QUEBRADA El motivo principal de la visita a este perfumado sitio repleto de plantas aromáticas como la jarilla y el poleo, con acacias, quebrachos colorados y nogales de hasta doscientos años, es encontrarse cara a cara con el cóndor, amo y señor de las alturas, inspirador de leyendas milenarias y víctima de sacrificios rituales por parte de los pueblos originarios de América del Sur, quienes creían que bebiendo de su sangre heredarían su energía y su poder. Joyo cuenta cómo fue que a lo largo del tiempo los cóndores sufrieron por la ignorancia y el desinterés del ser humano: "Antes la gente miraba al cóndor como un depredador, decían que les mataba el ganado y los cazaban incentivados por el gobierno. En esa época, a fines de los sesenta, se pagaba por sus patas. Todavía hay gente que cree que es dañino, pero ahora, de todas maneras, hay otra visión". Sus enormes dimensiones la convierten en el ave más grande que vuela por los cielos del planeta: puede llegar a medir más de tres metros desde un ala a la otra y aproximadamente un metro y medio de largo de la cabeza a la cola. Los machos llegan a pesar hasta quince kilos y las hembras unos once.

Jorge es el guía encargado de conducirnos hacia la morada de los cóndores. Este hombre de pocas palabras es uno de los aproximadamente doscientos cincuenta habitantes que viven en las inmediaciones de la sierra de Quinteros. Ellos mismos son los encargados de proteger la fauna del lugar de los cazadores al acecho.

Partimos cuesta arriba acompañados del "Cosaco", un caniche salvaje que conoce el camino de memoria. Un fuerte aroma a poleo lo invade todo por momentos, y la jarilla aporta lo suyo también. Cada tanto debemos cruzar de un lado al otro del arroyo, sortear grandes piedras y esquivar ramas que lastiman. Durante el verano las lluvias bendicen estas tierras relativamente secas, e inundan la sierra de cactus en flor. Amarillos, naranjas y rojos furiosos, cuasi fosforescentes, decoran e insuflan de vida a los secos cactáceos.

Al llegar a una vega (un humedal), divisamos los primeros cóndores. Al principio los confundimos con el jote, su primo menor, mucho más chico en tamaño, de vuelo menos vistoso y sin el collar en el cuello que caracteriza al cóndor. Jorge nos marca la diferencia al tiempo que notamos en la cumbre de un morro lindero las cuevas donde habitan, fácilmente reconocibles por la cantidad de manchas blancas de excremento en los alrededores del nido.

Las hembras ponen un único huevo y durante 55 días se turnan con el macho para incubarlo. A los dos años el pichón ya come por sus propios medios, y vuela en busca de la carroña que deberá disputar con otros de su especie. Su plumaje pasa del marrón juvenil al gris de mediana edad para finalmente convertirse a los seis años en un adulto en blanco y negro.

El último tramo de la subida lo hacemos a pie y dejamos los caballos descansando muy cerca de un magnífico molle, el custodio de la imaginaria puerta de entrada al reinado del cóndor. La expectativa por llegar hace que la caminata parezca un tanto más extensa de lo que realmente es. Poco después, un abrupto precipicio aparece de frente: estamos en el Mirador de los Cóndores, un enorme peñasco que sobresale del acantilado a unos 1800 metros sobre el nivel del mar. El sol nos regala unos instantes de luz mágica y nos sentamos mate de por medio a esperar que hagan su majestuosa aparición. Pero se hacen rogar. Más de una hora aguardamos para divisar alguno, y poco antes de vernos obligados a emprender la retirada por peligro de tormenta inminente y oscuridad repentina, un cóndor juvenil se muestra frente a nuestras narices, pasando a un metro de distancia del mirador. Enseguida, comienzan a aparecer algunos más, pero ninguno tan cerca como aquél. El frente de tormenta amenaza y resolvemos regresar, con la promesa de volver temprano al día siguiente, si el tiempo ayuda.

REGRESO TORMENTOSO
Emprendemos la retirada rápidamente, perseguidos por unos negros y espesos nubarrones. El crepúsculo se acerca y el cielo tormentoso promete un atardecer furioso. Jorge va adelante apurando el paso, no sólo por la inminente tormenta, sino porque conoce el lugar ideal para apreciar la caída del sol, y quiere llegar a tiempo antes de que caiga la noche. Algunos truenos estallan en la quebrada, mientras el guía señala el lugar por donde el sol está a punto de desaparecer. Como en un sueño, pero calculado con la precisión de un reloj suizo, la inmensa bola de fuego se esconde en el horizonte riojano y la quebrada se tiñe de ocre.

Cabalgamos por el suelo pedregoso bajo las primeras y gruesas gotas cuando aún falta más de la mitad del camino por desandar. A la vera de un arroyito, decenas de pequeños cactus en flor buscan la cercanía con el agua, tiñendo con sus colores las verdes pasturas de la pequeña

>>>

PINTURAS RUPESTRES Y PESCA DE TRUCHAS

En los alrededores de la Quebrada de los Cóndores, se pueden ver las marcas que los pobladores originarios dejaron grabadas en las piedras. La mayoría de las pinturas rupestres representan a los animales que habitaban y aún hoy habitan el lugar. La excursión hasta allí dura unas seis horas, e incluye una caminata bordeando el lecho del río Santa Cruz hasta un bosque de molles, donde se hace una parada para almorzar y luego continuar hasta los petroglifos.

La pesca de truchas con devolución, facilitada por aguas transparentes, es otro de los atractivos del lugar. Esta excursión se combina con una cabalgata hasta el Parque de Piedra: un curioso laberinto de pasadizos y senderos de rocas dispersas de extrañas formas. La ruta continúa hasta un pequeño río, lugar indicado para pescar hasta la caída del sol.


Durante el verano, las lluvias riegan estas tierras e inundan la sierra de cactus en flor.


La escollera a full con amantes de la pesca desde la madrugada hasta la caída del sol.

>>>

pampita que atravesamos. El descenso es más rápido pero más temerario por momentos, las gotas son cada vez más gruesas y la vuelta se torna más pesada y cansadora aún. Finalmente, la tormenta se desvía y completamos el descenso con mayor tranquilidad, llegando minutos antes de la oscuridad total y la tormenta eléctrica, que descarga tremendos rayos en el horizonte.

Joyo nos espera con un tiernísimo chivito al asador mientras la tormenta y el ruido de lluvia le dan un marco especial al final de la agitada jornada. Comemos hasta chuparnos los dedos. El cansancio no tarda en llegar y la sobremesa se hace corta: hay que madrugar para regresar al reino del cóndor.

EL VUELO MAJESTUOSO

Nos levantamos al alba y partimos enseguida después del desayuno. Cosaco nos acompaña una vez más. Esta vez, el ascenso lo realizamos más rápido, en unas dos horas, y antes del mediodía estamos nuevamente en los dominios del cóndor. El amanecer y las primeras horas del día son las ideales para su majestuoso vuelo, ya que el cóndor aprovecha las corrientes térmicas de aire caliente para volar bien alto (alcanzan los 7000 metros aproximadamente) y por mucho tiempo, incluso llegando a planear por horas.

Jorge lleva algo de carne como cebo para intentar atraerlos hacia nosotros, y apenas llegamos la deja sobre una de las enormes rocas al borde del precipicio. Pero pasan casi dos horas y nada. Ya estamos impacientes, y hasta el guía parece molesto y decepcionado con las aves que no se muestran, incluso llega a disculparse por el hecho de que no aparezcan.

Cuando decidimos movernos hacia otro punto, divisamos dos ejemplares. El cóndor suele volar en pareja y es monógamo: elige a su compañero/a de por vida. Incluso cuando uno muere, el otro se suicida tirándose en picada. En cuestión de instantes ambos están sobrevolando raudamente nuestras cabezas. Poco después, como el día anterior, comienzan a llegar algunos más, pasando bien cerca del peñasco en el que estamos. Nos movemos por nuevas huellas hacia otras salientes para obtener panorámicas diferentes. El cielo del valle se puebla de cóndores. Vemos cómo algunos planean desde arriba y a lo lejos, perdidos en la inmensidad del desfiladero, y muchos otros se muestran cara a cara. Sus patas de garra meten miedo y la cresta del macho impone respeto. Nos observan como nosotros a ellos, y se acercan con velocidad y cautela. Su vuelo es veloz y armónico, y sus alas de plumas extendidas son hermosas. Visto así, se entiende por qué infunden tanta admiración como miedo y respeto: son realmente impresionantes. ✹

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** Desde la ciudad de La Rioja se debe tomar la Ruta 38 hasta Punta de los Llanos, y doblar hacia el sur en la ruta provincial 29 hasta la localidad de Tama. Desde Tama nace un camino de tierra (transitable por autos comunes) hasta Paca Tala (20 kilómetros), y luego hay que seguir 20 kilómetros más ascendiendo el cerro hasta Santa Cruz de la Sierra.

■ **Dónde alojarse:** La Posta Quebrada de los Cóndores tiene 5 cuartos con capacidad para albergar unas 20 personas. La estadía incluye el desayuno, almuerzo y cena con comidas típicas. Agencia Quebrada del Condor, www.postaloscondores.com.ar, E mail: postaloscondores@yahoo.com. Tel: 03826-15676064.

■ **Más información:** Casa de La Rioja en Buenos Aires: Callao 745, Tel: 4815-1929. Secretaria de Turismo de La Rioja: Calle Pelagio Luna 345, La Rioja, Tel: 03822-426345.

COSTA ATLANTICA

Fruto

Muy cerca de Mar del Plata, Santa Clara del Mar atesora la calma de una villa balnearia, ideal para escapar del bullicio que suele imponer el verano. Sobre sus playas se ofrecen salidas para la pesca embarcada, una actividad que crece y crece.

TEXTO Y FOTOS PABLO DONADIO

Plomada de 120, cinco metros de caña de bambú, cuatro tiras de tanza y un medio mundo bastan para que el reinado de los cornalitos sea suyo. Ahora, si la idea es superar el intento (siempre válido y muy divertido, por cierto) de la pesca amateur, Santa Clara del Mar ofrece una experiencia casi profesional y abierta a todos, para encontrarse desde sus propias aguas con las mejores especies del Atlántico. Fruto del mar y discreta desde sus inicios, su villa balnearia sabe de tranquilidad y de buena pesca. La captura de excelentes piezas en la pesca embarcada, así como las salidas en busca de tiburones y las espectaculares corvinas rubias y negras, han enaltecido el ego de pescadores y varios amantes del deporte en los últimos años.

VECINA DE LUJO Santa Clara del Mar se encuentra a poco menos de 400 kilómetros de Buenos Aires y a sólo 18 de Mar del Plata. Este contacto tiene matices muy llamativos. La proximidad le provee visitas "extra" que tienen como destino base a la gran ciudad balnearia, con actividad para todos los gustos y durante los 12 meses. Santa Clara en cambio, hace las veces de oasis para los vecinos que imploran por un rato de paz. En este sentido suele reconocerse como un apéndice para los pobladores de Mar del Plata que en enero y febrero huyen despavoridos de los miles de turistas que arriban a la playa Bristol, al casino, el puerto y el teatro, entre otros sitios marplatenses muy visitados.

Fundado por Antonio Orenzans sobre un predio de 400 hectáreas de campo que le pertenecía a la familia Anchorena, el pago santaclarense comenzó su vida pública en 1949. Su ubicación es estratégica en el denominado circuito de mar y sierras de la región y la posiciona como una interesante y económica alternativa de descanso. Si bien sus calles exhalan tranquilidad (nada poco en estos días) y ha podido conservar la esencia de un pueblo pesquero, la crítica interna y externa que sobrevuela a Santa Clara es que no ha sabido desarrollarse como la mayoría de los balnearios vecinos. Algunos oriundos de la zona sostienen que fueron las políticas relacionadas con la construcción las que boicotearon muchos proyectos hoteleros y de mejora en lo turístico, y otros creen directamente que es el destino que todo satélite debe llevar con su estrella mayor. Como quiera que sea, desde los años '80 (cuando se crearon la mayoría de las instituciones locales, como la Sociedad de Fomento, el Club Social y Deportivo, el edificio de la Unidad Sanitaria y hasta la propia comisaría), el desarrollo le ha sido extrañamente esquivo.

DIAS DE PESCA Si de pescar se trata, Santa Clara tiene ofertas más que interesantes. Desde las escolleras o espigones, construidos especialmente para la actividad y preparados con luz para los pescadores noctur-


En el horizonte se recortan los edificios de la costa marplatense como telón de fondo de la playa.



Por su cerveza artesanal, Santa Clara es la Capital Marítima de la espumosa bebida.

Santa Clara del Mar

del mar

nos, a la pesca embarcada (la vedette de estos días), el balneario sabe de tiburones, corvinas de 25 kilos y alguna que otra peligrosa raya. Por eso si el deseo de pesca supera el marco tradicional (caña, escollera y paciencia), el lugar recomendado es La Asociación Civil de Pesca, Caza y Náutica, complementada por la comodidad de las instalaciones y alguna que otra recomendación de la sede del Club de Pescadores de Buenos Aires. Allí es posible asesorarse sobre el lugar y la hora propicia para la actividad, así como el reconocimiento de las variedades posibles a obtener en cada época. Sobre la avenida costera, media docena de lugares ofrecen salidas en gomones súper equipados, que aseguran un día a pleno. La actividad comienza temprano y suele darse en grupos de cuatro a seis personas, más los guías de pesca. Claro que si la paga es buena, hasta puede hacerse de manera individual. La tarifa normal es de $120 –incluido el seguro–, y la salida está abierta a grandes y chicos.

HACIA EL MAR Una vez hecha la contratación, los integrantes del grupo repasan las normas de seguridad ampliamente repetidas por los guías, se colocan el chaleco y parten hacia la bajada de la Asociación. Mientras tanto, los líderes de salida cargan todo lo necesario en los gomones y recogen los equipos para adentrarse en el mar hasta desaparecer. El primer golpeteo de las olas pone tensos a los inexpertos, pero la excitación y adrenalina lo pagan todo. Cuando el océano comienza a hacerse más y más grande, la emoción crece más todavía. Es que la experiencia es sorprendente para quien está acostumbrado a la pesca desde la costa y con los pies firmes en la piedra o arena. A la velocidad que toma la embarcación cuando se aleja de la tierra, se suma un horizonte que comienza a volverse distinto: pese a la ausencia de cerros o colinas, las aguas se convierten en un mirador de lujo para la lejana, diminuta y silenciosa Santa Clara. Además, la variedad y colores de peces que se extraen mar adentro (que deben ser devueltos) proponen una vivencia que se recomienda ampliamente. Esta actividad se realiza durante todo el año y es guiada por expertos profesionales, con estrictos controles climáticos. Las embarcaciones semirrígidas están equipadas con radios VHF y todos los elementos de seguridad náutica requeridos por Prefectura Naval Argentina. Servicios adicionales como la limpieza, el fileteado y freezado de la pesca obtenida (pescadilla, corvinas, palometas, brótolas, tutucas y cazones, entre otros), completan la jornada.

Más allá de la pesca, la práctica deportiva y recreativa es otro de los atractivos por los que muchos turistas llegan hasta aquí. La Asociación es el único puerto de entrada y salida oficial que hay desde Mar del Plata hasta Villa Gesell, y brinda el servicio de asesoramiento de las condiciones náuticas y acarreo de embarcaciones a quienes deseen entrar y/o salir del mar. Para esto es necesario que cada integrante cuente con el carnet personal, la matrícula y los elementos de seguridad que pide Prefectura. Así llegan al mar, además de los prestadores comerciales, muchos particulares con intenciones de realizar diversas actividades. “En temporada crece mucho el número de naves en el mar, y éste es el único lugar seguro para entrar y salir”, afirma Dora, responsable de la oficina de control desde hace varios años.

TIERRA CERVECERA Santa Clara goza de un nuevo-viejo detalle que atrae turistas. Cuentan los locales que Juan María Orenzans, hijo del fundador de la ciudad, viajó hasta Seattle, Estados Unidos, hace 30 años, para conocer los secretos de la producción artesanal de cerveza. Allí contrató a un técnico que estuvo de visita en estas playas para asesorar a Orenzans y su gente, y crear una pequeña planta. La producción local, la primera del país, comenzó así su camino en La Posta del Angel, una de las instituciones emblemáticas del pueblo. Viejo casco de estancia que se reconvirtió en posada para artistas y bohemios en los lejanos años sesenta, el lugar ofrece hoy un restaurante-parrilla con esencia campera, y un paseo que vale la pena conocer. La producción artesanal de cerveza fue dinamizada por la movida que le impuso su fiesta anual, un encuentro celebrado hacia fines de enero (va ya por su décima edición), y que año tras año se realiza sobre la bellísima avenida peatonal Acapulco.

Gracias a su liviano sabor, y haciendo gala de sus componentes naturales (nada de productos químicos, colorantes ni estabilizadores), la cerveza santaclarense supo llegar a los 6000 litros mensuales, distribuidos en varias localidades de la costa, Buenos Aires y Entre Ríos. Hoy, sin el marketing de las famosas marcas ni la producción de los buenos viejos tiempos, rubias, negras y coloradas han sido reanimadas con la reciente ley bonaerense que instala a Santa Clara como *Capital Marítima de la Cerveza Artesanal*. Por ello, una de las tres fábricas que siguen en pie, trabaja con la malta de cebada, levadura, agua mineral natural y el lúpulo (traído de tierras patagónicas) cerca de una de las playas más famosas.

Según dicen, es el corte de malta y la cantidad de lúpulo los que determinan el sabor de cada variedad, y donde radica la particularidad de la casera santaclarense.

Antes de volver, el paso por los médanos de Camet (apenas a unas cuadras), por los acantilados de la playa El Morro (cuyo boliche ofrece una vista inigualable del amanecer sobre el mar), por el paseo de compras Mica, así como por algunos refugios gastronómicos que glorifican el buen comer (la casa de té Mis Retoños y el restaurante El Viejo Contrabandista) son ideales para llevarse el sabor a pueblo de uno de los balnearios familiares más tranquilos de la Costa Atlántica.

DATOS UTILES

- Se llega por la autovía 2 a Mar del Plata, y hay que girar a la izquierda en el kilómetro 386 (justo después del parque Acuasol), donde nace el acceso. Allí son 11 kilómetros más hasta la rotonda de entrada.
- También se puede llegar por la ruta provincial 11 (la interbalnearia que viene de Gesell, a la altura del kilómetro 495).
- Varias compañías salen desde la Terminal de Retiro (www.tebasa.com.ar) para un viaje que dura cerca de cinco horas. La tarifa ronda los $80.

POR FELISA PINTO



Las cumbres nevadas contrastan con las palmeras y el árido ocre de las murallas, bajo el azul absoluto del cielo.

MARRUECOS *Viaje a Marrakech*

La ciudad con cien mil palmeras

La milenaria Marrakech es uno de los destinos preferidos del tercer milenio. El contraste entre los colores ocres de la ciudad amurallada y los picos nevados del Monte Atlas conforma un paisaje único de calor ardiente y la ilusión del fresco de la nieve. Un itinerario por mezquitas, jardines y mercados que se inicia o concluye en la célebre plaza Djema El Fna.

Cuando se elige Marrakech como destino exótico, hay que saber que se está en lo cierto. Esta bella y singular ciudad nació al pie del Monte Atlas en el año 1070, como un oasis y en cuyo carácter permanece, al conservar cien mil palmeras, como rasgo de su personalidad. Fueron tribus guerreras africanas las que la fundaron y bautizaron, sin saber que en el siglo XXl se convertiría en uno de los más sofisticados lugares elegidos por ricos y famosos para pasar sus vacaciones lejos de la vida urbana y mundana de París, Nueva York, Berlín o Londres. Desembarcan en esta ciudad amurallada buscando el sol que se levanta por encima de esas paredes ocres, y la vista a los picos nevados del Monte Atlas, conformando un paisaje único de calor ardiente y la ilusión del fresco de la nieve.

Su privilegiada ubicación, su clima seco y soleado durante todo el año, atrae a los ingleses, suecos y alemanes en segundo lugar, ya que el primero está ocupado por los creadores del mundo de la costura francesa, que imitaron la ruta que abriera Yves Saint-Laurent hace 30 años, al fijar su residencia allí, durante su agitada vida, y después de su muerte, en 2008, cuando depositaron sus cenizas en los Jardines de Majorelle, en el corazón de la ciudad.

ARTES Y MERCADOS El propio Saint-Laurent solía decir que las diez puertas de la ciudad se abren como una invitación sublime a un itinerario que se inicia en la Koutoubia, una mezquita del siglo Xll que domina la ciudad desde sus 77 metros de altura. Desde allí se divisan los magníficos mausoleos saadianos donde reposan los restos de la dinastía saadiana y el palacio El Badia, edificado en el siglo XVl. También el edificio Dar Si Said, más moderno, convertido en museo de las artes marroquíes, que vale la pena visitar, antes de lanzarse a los mercados, plagados de tentaciones y réplicas de la sensibilidad islámica, realmente irresistible. Y antes de iniciar la búsqueda de trofeos y compras en los souks, una maravillosa aventura que no se agota, por suerte, en el constante y tedioso regateo de precios, tarea ímproba, que comienza siempre, cuando se confiesa la nacionalidad argentina y el dueño de la tienda perora sobre Maradona. A partir de entonces, hurgar en las pilas de ropas étnicas amontonadas en ese dédalo del consumo es parte del ritual del viaje. Entre los clásicos atuendos no se pueden resistir los sarouels, especie de bombachón masculino que las francesas usan como el máximo del chic, y las diversas versiones de djellabas y túnicas amplias y recatadas, pero sin llegar a propuestas fundamentalistas como la del chador. El blanco y el tono azul, “como el cielo protector” dicen ellos, son los preferidos por los viajeros. El complemento obligado y real alivio para los pies cansados son las babuches, suerte de chinela cerrada que deja casi medio talón afuera, realizada con telas de seda o algodones coloridos en tonos de naranja, rojo y amarillo. También existen en cueros repujados, o telas de lanas, elegidas para el frío de la noche marroquí, que se hace sentir en invierno cuando los vientos del Monte Atlas y sus nieves desplazan al sol implacable.

AROMAS Y SABORES Para éstas y otras compras típicas hay que encaminarse hacia la Medina. A la entrada de los souks se encuentra la célebre plaza Djema El Fna, corazón de la ciudad. Hay que sortear con espíritu alerta los miles de bicicletas apuradas, y motos ruidosas, en talante decididamente urbano, que en esas callecitas angostas hacen temer por la integridad física si no se presta atención. Superados los escollos, allí se desarrolla un espectáculo permanente día y noche, a cargo de artistas espontáneos y mucha gente ávida por degustar las carnes de cordero grilladas y las músicas de tamboriles islámicos. O saborear el tajine, comida guisada típica basada en esa misma carne con vegetales que se cuece en un recipiente de barro de forma cónica y constituye el principal souvenir, aunque se vuelva fatal a la hora del viaje de regreso a casa en un avión. Los que saben de cocina recomiendan no olvidar de incluir entre las mil especias maravillosas que allí se exhiben y huelen las ya conocidas y una primordial de la comida marroquí: la harissa, parecida al pimentón dulce y picante. En cambio, si se quiere profundizar en la artesanía del cuero, se puede ir al Barrio de los Tintoreros (Quartier des Tanneurs), donde están los artesanos que trabajan y tiñen los cueros con técnicas milenarias y ya están acostumbrados a un aroma fuerte y poco soportable para los neófitos.

UN ELEGANTE CIRCUITO En todo caso, en plan de turista, inmediatamente después de allí (nada mejor como antídoto olfativo) pasear por los Jardines de Majorelle, y respirar el aroma de jazmines que tanto amaba Saint-Laurent, y adonde reposa para siempre, luego de haber contribuido a su reparación y mantenimiento en su carácter de ciudadano ilustre. El lugar contiene un museo de arte islámico. Al atardecer, se pueden admirar los reflejos del pabellón de la Menara, en las aguas de un inmenso estanque, al pie de un parque sembrado de olivares, digno de *Las mil y una noches.* Este es el circuito que siguieron y convencieron a otros famosos de la alta costura, luego de Saint-Laurent, y los indujo a comprarse sus casas de verano en el barrio de la Medina llamado Moaussine, donde eligieron vivir Kenzo, Jean Paul Gaultier y el estilista de interiores argentino Hugo Curletto, entre otros. Allí se instaló también la galería de arte y moda de Alexandra Lippini, personaje hoy emblemático de la cultura moderna y coleccionista de vintage de decoración y moda. Todos ellos son el público obligado de lugares como el Ministerio del Gusto, en la plaza Fna, donde se encuentran reales trofeos del buen gusto de todos los tiempos, y de paso se puede tomar un fragante café con pâtisserie marroquí, en la Pâtisserie de Princes, donde existe el mejor ejemplar dulce del *corne de gazelle*, una versión similar y emblemática de nuestra medialuna.

HOTELES Y PAISAJES El hotel La Mamounia, otra huella iniciática de Saint-Laurent, está actualmente en obras, pero trata todavía de revivir sus glorias del pasado dentro de la mezcla de estilo art déco e islámico que aún se mantiene. Madonna, otra famosa adicta a Marrakech, elige, mientras tanto, el hotel Amanjena en La Palmaraie, con ese paisaje increíble de palmeras elegantes. Le Mansour es otro alojamiento de lujo, o el Bel Di Club, saliendo de la ciudad, con sus grandes piscinas indispensables en estas latitudes, especialmente si se tiene la imprevisión de ir durante julio o agosto, cuando es mejor abstenerse. El termómetro sube entonces a 50 casi seguro, día y noche.

Las excursiones y diversos circuitos revelan la belleza exótica en su esplendor, a partir de 30 kilómetros de Marrakech. Hacia el Este, cuando se puede encontrar el océano o al oeste, descubriendo mil paisajes diferentes. En la planicie, se topa el viajero con poblados bereberes, que dejan ver a lo no tan lejos, los picos nevados del Monte Atlas. Como en Ourika, donde los miércoles hay pintorescas ferias de ventas de burros y mercados artesanales francamente tentadores. Agora, en el valle del Dráa, tiene un fuerte del siglo Xl que domina el valle y queda casi en el borde del Sahara, que ofrece la magia y el misterio que anuncia la entrada al gran desierto.

Si se quiere continuar más lejos y gozar un paisaje de mar y casas blancas se llega a Essaouira La Blanca, lugar fascinante y ventoso construido en una isla casi rocosa, a 170 kilómetros de Agadir. Este lugar, la antigua Mogador, sirvió de paso a corsarios y filibusteros que tuvieron ciertos prestigios, hoy enaltecidos por flores como las mimosas plantadas para fijar las dunas, salpicadas por árboles fragantes como limoneros y cedros que encantan el paisaje, totalmente distinto de Marrakech. Pero bien vale la pena visitarlo.